

XXX

De como no conviene muchas veces juzgar á los demás por uno mismo, sobre todo si llevan el nombre de Dubois.

El regente pasaba, según costumbre, la velada en compañía de Elena. Hacia cuatro ó cinco días seguidos que iba sin faltar, pues las horas que consagraba á su joven hija eran para él las más agradables. Pero aquella noche la pobre Elena, á quien la entrevista tenida con su amante conmovió terriblemente, había vuelto de la Bastilla en extremo angustiada.

— Tranquilizaos, Elena, le decía el regente; mañana os uniréis á él.

— Mañana está lejos todavía.

— Elena, replicaba el regente, creed lo que os digo; ya sabéis que no soy capaz de engañaros. Yo os respondo que mañana se verificará felizmente para ambos.

Elena lanzó un profundo suspiro.

El aquel instante entró un criado y habló al oído del regente.

— ¿Qué ocurre? preguntó Elena, á quien asustaba el menor incidente.

— Nada, hija mia, dijo el regente; es mi secretario que desea hablarme de negocios urgentes.

— ¿Os dejo á solas?

— Sí; hacedme por un instante no más ese obsequio.

La joven se retiró á su aposento.

Al propio tiempo se abrió la puerta del salón, y Dubois entró sumamente sofocado.

— ¿De dónde venis ahora con esa facha? preguntó el regente.

— ¡Pardiez! ¿de dónde he de venir, sino de la Bastilla?

— ¿Y nuestro prisionero?

— ¡Qué!

— ¿Está dispuesto todo para su casamiento?

— Sí, monseñor, todo absolutamente; excepto la hora, que no habéis indicado.

— Bueno; señalaremos la hora de las ocho de la mañana.

— ¡Las ocho de la mañana! repitió Dubois calculando.

— Sí, ¿qué calculáis?

— Calculo en dónde estará.

— ¿Quién?

— El preso.

— ¡Cómo el preso!

— Mañana á las ocho se hallará á cuarenta leguas de aquí.

— ¡ Cómo ! ; á cuarenta leguas de aquí !

— Á lo menos ; es decir, si sigue corriendo como yo lo he visto al marchar.

— Pero, ¿ qué dices ?

— Digo, monseñor, que no falta más que una cosa para que tenga efecto el matrimonio ; esta es el marido.

— ¡ Gastón !...

— Se ha fugado de la Bastilla hace media hora.

— Mientes, abate ; de la Bastilla no se sale con tanta facilidad.

— Perdonad, monseñor ; cuando uno es sentenciado á muerte, imagina todos los medios posibles para salvarse.

— ¡ Se ha fugado, sabiendo que debía unirse mañana á la que él amaba !

— Escuchad, monseñor ; la vida es muy apetecible y procuramos conservarla ; además vuestro yerno posee una excelente cabeza, y trata de conservarla sobre sus hombros.

— ¿ Y en dónde está ?

— ¿ En dónde está ? Tal vez podré deciroslo mañana por la tarde ; pero á estas horas, todo lo que puedo manifestaros, es que se halla muy lejos, y que no volverá.

El regente se abismó en una profunda meditación.

— Pero, monseñor, repusó Dubois, á la verdad

vuestra candidez me tiene atónito en extremo ; es necesario no conocer el corazón humano para suponer que un hombre condenado á muerte quiera permanecer en una prisión cuando puede salvarse.

— ¡ Oh ! ¡ caballero de Chanlay ! exclamó el regente.

— Vamos, vamos ; ese caoallero, ese héroe, se ha portado como el último galopin, y verdaderamente ha hecho bien.

— ¡ Dubois ! ¿ y mi hija ?

— Vuestra hija...

— Dejará de existir.

— ¡ Qué disparate ! monseñor ; al comprender lo que es el joven en cuestión, se consolará, y la casaréis con cualquier príncipe de Alemania ó de Italia... cen el duque de Módena, por ejemplo, á quien la señorita de Valois no quiere.

— Dubois, ¡ y yo que en uso de mi prerrogativa iba á indultarle !

— Él se ha indultado á sí mismo ; ha encontrado el medio más seguro ; y á fe mía, confieso que yo hubiera hecho lo propio.

— ¡ Bah ! tú no eres noble ; además á ti no te hubiera obligado un juramento.

— Padecéis una equivocación, monseñor ; yo me obligué á impedir á vuestra alteza que cometiera una tontería, y lo he conseguido.

— Bien, bien, no hablemos más de esto : os prevengo que delante de Elena no se os escape una sola

palabra. Yo me encargo de participarle la noticia.

— Y yo de coger de nuevo á vuestro yerno.

— No harás tal : ¿ no dices que se ha fugado ?
¿ Qué puede hacer ya ?

En el momento mismo en que el regente pronunciaba estas palabras, oyóse un ruido extraño en la pieza inmediata, y un ujier entrando apresuradamente, anunció :

— El caballero Gastón de Chanlay.

Este anuncio produjo un efecto muy distinto en las dos personas que lo oyeron. Dubois se puso más pálido que la muerte, y su rostro se contrajo descubriendo cierta expresión de rabia amenazadora. El regente se levantó, experimentando la más viva alegría, apareciendo por el contrario en su semblante un hermoso color. Formaba tal contraste la cara satisfecha del uno, con la cólera comprimida del otro que á su pesar se veía retratada en sus facciones malignas y ástutas, que es imposible de describir.

— Decidle que entre, repuso el duque de Orleans.

— Esperad al menos que yo salga, dijo Dubois.

— ¡ Ah ! sí, tenéis razón, porque os reconoceria.

Dubois se retiró lentamente, dejando oír un ruido sordo parecido al de una hiena á quien se interrumpe en medio de su festín ó de sus amores. Entró pues en una estancia próxima, y cayó más bien que se sentó en un sitial colocado delante de una mesa iluminada por dos bujías y sobre la cual

se hallaba todo lo preciso para escribir. Semejante vista pareció hacer nacer en él una idea nueva y terrible, pues su fisonomía se serenó concluyendo por sonreirse.

Tocó la campanilla, y se presentó un ujier.

— Id á buscar mi cartera que he dejado en el carruaje, dijo.

Esta orden fué ejecutada acto continuo. Dubois cogió con precipitación algunos papeles, los llenó apresuradamente con cierta expresión de siniestra alegría, los colocó en el fondo de su cartera, y mandando acercar el carruaje, se dirigió al Palacio Real.

Entretanto se verificaba lo que el regente había ordenado, y las puertas se abrian al presentarse el caballero de Chanlay.

Éste entró aceleradamente y se encaminó hacia donde se hallaba el duque, el cual le tendió la mano.

— ¡ Cómo ! ¡ vos por aquí, caballero ! dijo el regente procurando manifestarse admirado.

— Si, monseñor, respondió Gastón ; por la mediación del valiente capitán la Jonquiere se ha verificado en mí un milagro : él lo tenía todo dispuesto para su fuga ; luego me mandó llamar con el pretexto de entenderse conmigo acerca de nuestras revelaciones ; y por último, cuando nos han dejado solos, me lo ha dicho todo, escapándonos en su consecuencia juntos y con felicidad.

— ¡ Y en lugar de huir, caballero, de atravesar la frontera y poner os en seguridad, habéis venido aquí, exponiendo vuestra cabeza !

— Monseñor, replicó Gastón poniéndose encendido, debo confesarlo; la libertad me ha parecido en primer lugar el don más precioso y bello que existe en la tierra. Las primeras bocanadas de aire que he aspirado me han cubierto de embriaguez; pero casi en el mismo momento he reflexionado.....

— En cierta cosa, ¿ no es verdad ?

— En dos, monseñor.

— ¿ En Elena que abandonabais ?.....

— Y en mis compañeros, á quienes dejaba bajo la cuchilla del verdugo.

— Y de sus resultas habéis decidido.....

— Que estaba ligado á su causa y que no podía separarme de ella hasta que hubiese dado cumplimiento á nuestros proyectos.

— ¡ Nuestros proyectos !

— Justamente; ¿ no son los vuestros iguales á los míos ?

— Escuchad, caballero, dijo el regente; yo creo que el hombre debe obrar á medida de sus fuerzas. Hay cosas que Dios parece prohibir que tengan efecto, valiéndose de advertencias que nos dicen claramente que renunciemos á ciertos proyectos. Pues ahora bien; yo juzgo que es un sacrilegio que cometemos contra él despreciando esas advertencias, y permaneciendo sordos á su voz. Nuestros

planes han abortado, caballero; no pensemos más en ellos.

— Al contrario, monseñor, repuso Gastón con ademán sombrío y moviendo la cabeza; al contrario, debemos pensar más que nunca.

— Vamos, estais loco, caballero, dijo el regente sonriéndose; ¿ en qué pensáis al querer persistir de ese modo en una empresa, que no sólo en la actualidad se ha hecho difícil en todos conceptos, sino también insensata ?

— Pienso, señor duque, replicó Gastón, pienso en nuestros amigos presos, juzgados y condenados á muerte, Mr. d'Argensón me lo ha asegurado; en nuestros amigos á quienes espera el cadalso, y que sólo la muerte del duque puede salvar; en nuestros amigos que dirían, si yo abandonase la Francia, que había comprado mi salvación á costa de su pérdida, y que las puertas de la Bastilla se han abierto en vista de mis delaciones.

— En su consecuencia, caballero, ¿ lo sacrificáis todo, hasta la misma Elena, á ese punto de honor ?

— Monseñor, si viven aún, es preciso que los salve.

— Pero, ¿ y si han muerto ? preguntó el regente.

— Entonces, ya varia de especie... respondió Gastón; entonces será indispensable que los vengue.

— Más, ¿ qué diablo ! caballero, repuso el duque; he aquí un heroísmo que me parece un

poco exagerado. Imagino que estáis pagado en alto grado de vuestra persona. Creedme, confiad en un hombre que está reconocido por bastante buen juez en materias de honor : mi querido y moderno Bruto, estáis absuelto á los ojos del universo entero.

— Pero no lo estoy á los míos, monseñor.

— ¿ Conque persistís ?

— Más que nunca. Es preciso que el ¡ regente muera ; y luego añadió con voz sorda : ¡ el regente morirá !

— Pero antes, ¿ no queréis ver á la señorita de Chaverny ? dijo el duque con acento levemente alterado.

— ¡ Oh ! sí, monseñor ; mas ante todo, es necesario que me deis palabra de ayudarme en mi proyecto. Calculad, pues, que no hay un instante que perder ; que mis compañeros se encuentran en Bretaña, juzgados y condenados lo mismo que yo me hallaba. Monseñor, decidme en seguida, antes de ver á Elena, que no me abandonáis. Dejadme, de cualquier modo que sea, volver á adquirir un nuevo compromiso con vos. Soy hombre, amo, y por consiguiente soy también débil, debiendo luchar ahora contra las lágrimas y contra mi flaqueza. Señor duque, no veré á Elena sino con la condición de prometerme que me proporcionaréis una entrevista con el regente.

— ¿ Y si rehuso aceptar semejante compromiso ?

— Monseñor, no volveré á ver á Elena ; habré

muerto para ella : es inútil que recobre la esperanza para perderla de nuevo ; basta con que me llore una sola vez.

— Con que ¿ insistís en lo mismo ?

— Sí ; pero con menos fortuna.

— ¿ Y qué haréis ?

— Iré á esperar al regente á todas partes donde él vaya, y le heriré doquiera le encuentre.

— Por última vez, pensadlo bien, dijo el duque.

— Por el honor de mi nombre, repuso Gastón, os relevo de que me prestéis vuestro apoyo, declarándoos que sabré pasarme sin él.

— Está bien, caballero ; entrad á ver á Elena, y cuando volváis encontraréis mi respuesta.

— ¿ En dónde está ?

— En su estancia.

— ¿ Y la respuesta será conforme á mis deseos ?

— Sí.

Gastón se dirigió á la habitación de Elena ; la infeliz joven, puesta de hinojos ante un crucifijo, pedia á Dios que le volviese á su amante. Al ruido que hizo Gastón en el momento de abrir la puerta, volvió la cabeza.

Creyó que el Señor había hecho un milagro, y lanzó un grito extendiendo los brazos hacia el caballero, pero sin tener fuerzas para levantarse.

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío ! exclamó la joven, ¿ es él ? ¿ es acaso su sombra ?

— ¡ Soy yo, Elena, soy yo ! repuso el joven

corriendo hacia su amada, y apoderándose de sus manos.

— ¡ Pero, cómo ! ¡ eres tú !... ¡ tú, preso esta mañana !... ¡ tú, libre esta noche !.....

— Me he fugado, Elena.

— Y en seguida te has acordado de mí, has venido á buscarme no queriendo huir sin mí... ¡ Oh ! ¡ ahora sí que reconozco á mi Gastón ! ¡ Y bien ! heme aquí, amigo mío, estoy dispuesta ; llévame donde te plazca, soy tuya... te sigo.....

— Elena, replicó Gastón, no eres la prometida de un hombre vulgar. Si hubiese sido como la generalidad de los hombres, estoy seguro que no me hubieras amado.

— ¡ Oh ! ciertamente que no.

— Pues bien, Elena mía, las almas escogidas son las que tienen impuestos grandes deberes, y como consecuencia inmediata, terribles pruebas que pasar. Yo tengo que llenar antes de ser tuyo la misión por la cual he venido á París. Ambos tenemos que sufrir un destino fatal... No hay remedio, Elena, así lo habrá dispuesto la Providencia : nuestra vida ó nuestra muerte no depende más que de un acontecimiento notable, y este se cumplirá hoy.

— ¡ Qué dices !... exclamó la joven.

— Escucha, Elena, repuso Gastón ; si dentro de cuatro horas, esto es, al apuntar la aurora, no tienes noticias mías, no me esperes más ; créeme, lo que acaba de pasar entre nosotros es un sueño ; y

si puedes obtener permiso, vuelve á verme á la Bastilla.

Elena palideció, sus brazos cayeron exánimes y sin fuerza. Gastón la cogió por la mano, y la condujo delante de su reclinatorio, en donde se arrojó.

Después, besándola la frente como si fuera un hermano, la dijo :

— Continúa orando, Elena, porque haciéndolo por mí, lo hacéis también por la Bretaña y por la Francia.

Terminadas estas palabras, se lanzó precipitadamente fuera de la estancia.

— ¡ Ay de mí ! murmuró Elena, ¡ salvadle, Dios mío ! ¡ salvadle ! ¡ qué me importa el resto del mundo !

Al entrar en el salón, el caballero encontró un ujier, el cual le anunció que el duque al marchar había dejado un billete para él.

Este billete estaba concebido en los términos siguientes :

« Esta noche tendrá lugar un baile de máscaras » en Monceaux ; el regente asistirá á él : tiene la » costumbre de retirarse poco más ó menos á la » una de la madrugada por un invernadero que » estima en mucho, y que se halla situado al » extremo de la galería dorada. Allí, por lo regular, nadie entra más que él, porque lo tiene prohibido. Llevará un dominó de terciopelo negro,

» y en el brazo izquierdo bordada una abeja de
 » oro. Esta señal la oculta en un pliegue de la
 » manga, cuando desea guardar el incógnito. La
 » carta que va adjunta á este billete es de embaja-
 » dor; con ella seréis admitido no sólo en el baile
 » sino también en el invernadero, en donde se os
 » proporcionará ocasión de tener una entrevista
 » secreta. Valeos de la expresada carta para per-
 » sonaros con el regente. Abajo encontraréis mi
 » carruaje, dentro del cual hallaréis el dominó
 » que yo uso : el cochero está á vuestras órdenes. »

Concluida la lectura del billete que le abría todas las puertas y que le conducía, por decirlo así, frente á frente de aquel á quien debía asesinar, un sudor frío inundó su rostro, teniendo que apoyarse en el respaldo de una silla; después, como si hubiese tomado una resolución violenta, se lanzó fuera del salón, bajó rápidamente la escalera, y saltó dentro del carruaje, gritando al cochero: « ¡ Á Monceaux ! »

Apenas el joven hubo abandonado el salón, cuando se abrió una puerta oculta en la ensambladura apareciendo por ella el duque. Se dirigió lentamente hacia la puerta de enfrente que conducía al aposento de Elena, la cual arrojó al verle un grito de alegría.

— Vamos, le dijo el regente con melancólica sonrisa, ¿ estáis satisfecha, Elena ?

— ¡ Oh ! ¡ sois vos, monseñor ! exclamó la joven,

— ¿ Veis, hija mia, continuó el regente, como mis predicciones se han cumplido ? Fíad en mi palabra, esperad.....

— ¡ Ah ! monseñor, ¿ sois por ventura un ángel enviado por el cielo para ocupar el lugar del padre que he perdido ?

— ¡ Ay de mí ! dijo el regente sonriendo, no soy un ángel, querida Elena ; pero tal como soy, yo ocuparé en efecto el lugar de padre, y de un padre sumamente fiero.

Al terminar estas palabras, el duque cogió la mano de la joven, é hizo ademán de besarla respetuosamente ; mas Elena levantó la cabeza, y los labios del regente rozaron ligeramente su frente.

— Veo que le amáis mucho, dijo.

— Bendito seáis, monseñor.

— Ojalá se cumplan vuestros deseos.

Y sonriéndose de nuevo salió.

Después, subiendo al carruaje, dijo al cochero :

— Detente en el Palacio Real, pero te advierto que has de ir en un cuarto de hora á Monceaux.

El coche partió como una exhalación.

En el instante que entraba al galope bajo el peristilo, un correo de gabinete salía al mismo paso.

Dubois desde una ventana lo vió marchar, habiéndola cerrado en el momento que lo perdió de vista.

XXXI

Monceaux

Durante este tiempo, Gastón se dirigía á Monceaux.

Según el duque le había dicho, encontró dentro del carruaje una careta y un dominó; la careta era de terciopelo negro, y el dominó de raso color de violeta: se cubrió el rostro con la primera, y se vistió el segundo; mas luego recordó que no llevaba armas.

En efecto, al salir de la Bastilla había ido á la calle del Bac, y entonces no se atrevió á volver á su antiguo alojamiento, es decir, al figón de *Los Toneles de Amor*, por temor de ser conocido y preso. No osaba tampoco hacer levantar á un armero, por miedo también de no despertar sospechas comprando un puñal.

Creyó que estando en Monceaux le sería fácil el procurarse un arma cualquiera.

Pero á medida que se aproximaba, lo que más falta le hacía no era el arma, sino el valor. Entonces se verificaba en su interior un combate terrible:

el orgullo y la humanidad luchaban frente á frente, y necesitaba de cuando en cuando recordar á sus amigos presos, sentenciados y amenazados de una muerte cruel é infamante, para que volviendo con ardor á su primera resolución, continuase su camino.

Así, cuando el carruaje entró en los patios de Monceaux, y se detuvo ante aquel pabellón iluminado, á pesar del frío glacial que hacía, á pesar de la nieve que cubría las empolvadas lilas, tan tristes y despojadas en invierno, y tan bellas y perfumadas en la primavera, Gastón sintió un sudor frío que atravesaba su careta, y murmuró estas dos palabras: « ¡ Al fin ! »

Sin embargo, el carruaje se había parado, la portezuela acababa de abrirse; era pues preciso apearse. Además reconocieron el coche particular del príncipe, el carruaje del cual se servía para sus correrías secretas, y cada uno había acudido silencioso y dispuesto á obedecer á la primera orden.

Gastón no observó aquellas muestras de deferencia. Bajó con firme continente, aunque en su vista sintió una especie de desvanecimiento, y presentó su carta.

Mas los lacayos abrieron respetuosamente sus filas como para dar á entender que semejante formalidad de entregar el billete era en él bien inútil.

En aquella época estaba muy en uso el disfrazarse todas las personas de ambos sexos, sucediendo todo lo contrario que hoy, pues entonces